

ENTRA EN SU APOSENTO Y PONTE A CUENTA CON EL SEÑOR

Gabriel Ferrer y Yolanda Rodríguez

21 de marzo de 2018

Isaías 1: 18

¹⁸ Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

El profeta Isaías le da esta palabra al pueblo de Judá que se había corrompido, estaba en pecado y lo peor era que no quería reconocer su pecado. El profeta Isaías describe, de parte de Dios, lo que la nación hacía. Estaba en pecado, pero seguían ofreciendo holocaustos a Dios, seguían haciendo rituales, pero no eran aceptos delante de Dios; el Señor no los recibía, porque no eran olor grato ya que no provenían de un corazón santo. Leamos Isaías 1: 10-11:

¹⁰ Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra.

¹¹ ¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos.

El Señor llama a los gobernantes de Judá "príncipes de Sodoma" y al pueblo le llama "pueblo de Gomorra"; esto señala la depravación de Judá como las ciudades de Sodoma y Gomorra que fueron destruidas por sus inmoralidades sexuales. En el versículo 2, el Señor le dice al pueblo de Judá, a través de su profeta Isaías, que llevaba multitud de sacrificios, de ofrendas, de holocaustos,

pero había pecado en sus corazones y no se querían arrepentir. El Señor le dice al pueblo en Isaías 1: 12-14:

¹² ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios?

¹³ No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes.

¹⁴ Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas.

No se le puede ofrecer nada al Señor sin un corazón limpio, santo; si el corazón no está santo, todo lo que se haga como ofrenda para el Señor es abominación. Debido a la deplorable situación espiritual del pueblo de Judá, el Señor le hace una demanda a través del profeta Isaías; leamos Isaías 1: 18 (resaltados nuestros):

¹⁸ **Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta:** si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

El Señor dice "venid y estemos a cuenta" y hay una promesa si el pueblo decide ir delante del Señor en arrepentimiento genuino; y esa promesa es que cualquier pecado será perdonado, pues el Señor tiene el poder para limpiar, para santificar y levantar. Esta palabra se la da el Señor al pueblo de Judá en la época de Isaías, con tremenda promesa. Pero nosotros ahora, que tenemos a Jesús como Sumo Sacerdote, cuánto más seremos limpios de pecado por su sangre preciosa, si aceptamos su invitación de venir a Él y arrepentirnos sinceramente, genuinamente. Hebreos 4: 6, dice:

⁶ Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Y este encuentro personal con el Señor, el Dios de gloria, es el que muchos no quieren; no quieren llegar delante de Él a arrepentirse de sus pecados. Y no me estoy refiriendo solamente a una persona inconversa que nunca ha recibido a Cristo en su corazón, sino especialmente me estoy refiriendo a personas que han recibido al Señor, pero tienen un pecado o pecados a los que se quieren aferrar, que no quieren soltar, y el Señor les está diciendo como al pueblo de Judá: "Ven y ponte a cuenta conmigo". El Señor no está diciendo "ve en consejería al pastor, a la pastora, o a un hermano de la iglesia, servidor"; no; el Señor ya ha hablado de manera clara sobre los pecados, como lo hizo con el pueblo de Judá, y lo que el Señor está esperando es que se tome la decisión de llegar delante de Él en reconocimiento, primero de ese o esos pecados; y luego, en llanto, dolor, lloro, por ese o esos pecados, en arrepentimiento genuino y una firme convicción y decisión de apartarse definitivamente de ese o esos pecados.

Y en este punto de la prédica quiero tomar la vida de David. Bien conocemos su pecado con Betsabé, el cual mantuvo y al que se aferró a pesar de que Dios le hablaba con la Palabra y con su Santo Espíritu de ese pecado de adulterio, fornicación, mentira y asesinato. Un año estuvo David guardando esos pecados, justificando esos pecados, su propio corazón inventaba argumentos que lo llevaban a minimizar o eliminar cualquier carácter pecaminoso de sus actos y la gravedad de dichos pecados. Era la concupiscencia del corazón del David y por supuesto, el diablo le echaba la ayudadita. Digo que primeramente

era la concupiscencia de David, los deseos y anhelos de su corazón los que sostenían, alimentaban y fortalecían esos pecados, porque normalmente, el creyente tiende a echarle la culpa al diablo u a otra persona, cosa o circunstancia, pero el creyente no empieza por mirarse a sí mismo.

Después de todo ese año, el Señor envió a Natán para que confrontara a David.

Y quiero que recordemos la historia; leamos 2 Samuel 12: 1-6:

¹Jehová envió a Natán a David; y viniendo a él, le dijo: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre.

²El rico tenía numerosas ovejas y vacas;

³pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija.

⁴Y vino uno de camino al hombre rico; y éste no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para aquel que había venido a él.

⁵Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte.

⁶Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia.

Quiero que note lo endurecido que estaba David por el pecado, a tal punto que no tenía la capacidad de verse a sí mismo reflejado en aquel hombre rico.

Lo mismo ocurre con el creyente cuando guarda pecados, cuando los alimenta, los justifica y no está dispuesto a dejarlos. Hay una ceguera y sordera espiritual, un corazón engrosado. Ante este hecho, el profeta Natán le dice a David en 2 Samuel 12: 7-9:

⁷Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl,

⁸y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más.

⁹ ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón.

Natán le recuerda a David todo lo que hizo Dios por él, cómo lo ungió, lo libró de la mano de Saúl y le dio su casa y puso a cargo de él las mujeres para que fueran cuidadas. Dios no está diciendo que le dio las mujeres de Saúl para que David pecara con ellas; quiero recordarte que cuando un rey se subía en el trono, le era dada la casa del antecesor y el cuidado de todo lo que en ella había.

Natán le dice a David que tuvo en poco la Palabra de Dios, haciendo lo malo delante de sus ojos. Y este punto es importante, porque es allí donde se origina el pecado: cuando se desecha la Palabra que Dios ha hablado, cuando se desecha la Palabra que Dios ha dado; cuando se niega esa Palabra, cuando se invalida esa Palabra dada por Dios, cuando se tiene en poco la Palabra de Dios, la exhortación de parte de Dios, el consejo de parte de Dios.

Después de la confrontación que le hizo Dios a David a través de su siervo Natán, ¿qué ocurrió? Aquí me quiero detener y quiero que preste atención:

El Señor habló claramente a través de su siervo Natán, fue directamente la voz de Dios. Dios no habla confuso, Dios no habla para que no entendamos; por el contrario, Dios habla claramente para exhortarnos, edificarnos, para santificarnos. El problema lo tiene el creyente cuando se resiste a aceptar que Dios ha hablado, cuando decide desechar y tener en poco la Palabra de Dios.

Cuando peca, tiene en poco y menosprecia la Palabra de Dios, pero es más terrible seguir menospreciándola, seguir negándola, seguir rechazándola.

Cuando Natán terminó de dar el mensaje de Dios a David, David no pensó que Dios no habían hablado y que había sido Natán el que dio la Palabra; David no llamó otra vez a Natán a preguntarle qué era lo que Dios había dicho; David no salió a preguntarle por alguna parte de lo que Dios había dicho; David no salió a cavilar, a ver si había alguna parte de la Palabra que estuviera equivocada; David no salió a decir que de pronto Natán se equivocó, o que una parte del mensaje estaba equivocado. David no salió a decir que no sabía de qué estaba hablando Natán; David no salió a decir que no sabía cómo hacer para dejar de seguir pecando. David no hizo esto. David supo que Dios le estaba diciendo "ven a mí y ponte a cuenta conmigo". Y esto fue lo que hizo David. Porque hermano, hermana, cuando un creyente no se quiere arrepentir hace varias cosas:

- Dice que Dios no ha hablado, que es el hermano o la hermana que empezó a hablar de los pecados y de los nombres.
- Dice "eso no es conmigo", "eso es con el otro hermano".
- Dice "yo no soy así", "yo nunca he hecho eso", "yo no tengo pecado", "en mi vida no hay pecado", "en mi casa no hay pecado".
- Dice "yo hago la voluntad de Dios", "yo he obedecido la voz de Dios", como dijo Saúl en el asunto del rey de los amalecitas; Dios le dijo a Saúl que lo exterminara con todo lo que había allí, pero Saúl de manera OBSTINADA y

TERCA, insistía en que había hecho la voluntad de Dios, cuando era evidente que así no era.

Otra cosa que hace el creyente que no se quiere arrepentir es:

- Busca interlocutores, como el pastor, pastora, hermanos, servidores, para hablar y hablar de su situación, pero para enmarañar el asunto, ganar tiempo e imbuirse en las justificaciones, en los argumentos. Busca interlocutores con la excusa de que no entendió lo que dijo Dios en la exhortación, o que necesita saber el método para dejar el pecado. Con esto, el creyente intenta volver académico un evento, un acto, una acción que Dios está demandando y es el genuino ARREPENTIMIENTO.

El arrepentimiento NO se puede intelectualizar, no se puede meter en unos pasos como un método. El arrepentimiento es un evento totalmente espiritual que requiere un corazón humillado, contrito, entristecido que reconoce que lo que Dios dijo sobre el pecado ES ASÍ, y no es de otra forma, y que por lo tanto, ese pecado es perverso y produce muerte. Dios le está diciendo al que peca, "venid a mí y entremos a cuenta".

¿Sabes por qué el que no se quiere arrepentir busca un interlocutor humano? Porque no quiere ir delante de la presencia de Dios y humillarse. Buscar un interlocutor humano es una manera de huir de la presencia de Dios, porque esa persona no se quiere arrepentir.

Otra cosa que hace el creyente que no se quiere arrepentir es:

- Idear métodos, con pasos, rituales, prácticas que son religiosas, acciones, con el fin de supuestamente "obedecer" a lo que Dios dijo; pero no pasa nada, porque en el fondo del corazón hay un aferrarse a ese pecado, hay un consentir ese pecado, hay una justificación como "otros lo hacen", "no es malo", "no es tan malo", "Dios me quiere así, me ama así", "Dios NO me va a condenar", "Dios es amor y no creo que me esté pidiendo eso que dicen que debo entregar". Todos estos son argumentos que se levantan contra el Señor y su Palabra.

Otra cosa que hace el creyente que no se quiere arrepentir es:

- Usar la misma Palabra de Dios para justificar su pecado. El Señor le dice "tienes un altar familiar, ese es tu pecado", pero la persona dice "Dios es amor y fundó la familia, por lo tanto, no es pecado que yo ponga a mi familia en primer lugar". Dios dice "predica del pecado, del Infierno y del juicio que vendrá"; pero la persona dice "Dios es amor y habla de amor, eso del infierno y del juicio es muy duro; yo no le puedo predicar así a mi hijo, hija, padre, madre". Y mientras estos argumentos se cuecen en la mente y el corazón de la persona que no quiere arrepentirse, las cadenas de los familiares se vuelven más fuertes y la perdición no se tarda.

Otra cosa que hace el creyente que no se quiere arrepentir es:

- Echarle la culpa a otros o a la realidad circundante.

La persona no se quiere arrepentir, porque ama esa práctica, ese pecado, en el fondo de su corazón, entonces se justifica diciendo, "es que el lugar donde trabajo, donde estudio, donde vivo, me hacen pecar". ¿Acaso el Señor no prometió que estaría con nosotros hasta el fin del mundo, ¿acaso la oración

que Jesús le hizo al Padre de que nos guardara del mundo no nos alcanza todavía hoy?

El problema no son las personas alrededor, no son las circunstancias, el problema eres tú, es tu corazón no arrepentido, es tu anhelo, tu deseo, tus convicciones, que están en contra de la Palabra de Dios.

David hizo UNA SOLA COSA, después que Dios lo confrontó a través del profeta Natán; fue al aposento del Señor, al lugar santísimo a obtener oportuno socorro; no tuvo temor de llegar delante de Dios, llegó confiadamente, no se escondió como Adán, sino que tomó la decisión de ir delante de Dios. Leamos el Salmo 51: 1:

¹Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia;
Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.

Empezó implorando la misericordia de Dios sobre su vida, porque sabía que las piedades, las misericordias de Dios son infinitas. Reconoció su rebelión contra Dios y le pidió que las borrara. Sigamos leyendo el Salmo 51: 2-4 (resaltados nuestros):

² Lávame más y más de **mi maldad**,
Y límpiame de **mi pecado**.

³ Porque yo reconozco **mis rebeliones**,
Y **mi pecado** está siempre delante de mí.

⁴ Contra ti, **contra ti solo he pecado**,
Y **he hecho lo malo delante de tus ojos**;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,
Y tenido por puro en tu juicio.

David reconoció sus pecados; dijo que sus pecados estaban delante de él y reconoció que había pecado contra Dios, que había ofendido a Dios, que había atentado contra la santidad de Dios, contra la bondad de Dios. David no se justificó, sino que reconoció que Dios es El Justo. Y volvió a pedirle a Dios que lo limpiara, que lo lavara de su maldad. David llamó a su pecado "rebelión, maldad, pecado". Sigamos leyendo el Salmo 51: 5-6:

⁵ He aquí, en maldad he sido formado,
Y en pecado me concibió mi madre.
⁶ He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo,
Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.

David reconoció que había nacido en pecado; David no dijo que antes de conocer al Señor era bueno; no dijo esto, porque de haberlo hecho hubiera tratado a Dios de mentiroso. David reconoció que nació en pecado y que también había hecho pecado. Sigamos leyendo el Salmo 51: 7-12:

⁷ Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.
⁸ Hazme oír gozo y alegría,
Y se recrearán los huesos que has abatido.
⁹ Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
¹⁰ Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
¹¹ No me echés de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.
¹² Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente.

David seguía clamando por limpieza, por santificación, "lávame" decía, "límpiame, borra mis maldades". David le pidió al Señor un corazón limpio y

un espíritu recto. ¿Quién más sino Dios puede hacer esto? ¡Cuánto más nosotros podemos hacer estas peticiones si tenemos al gran Sumo Sacerdote Jesús, quien traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, superior a todo sacerdote, superior a Moisés, superior a los ángeles, superior a toda criatura, por cuanto Jesús es Dios de gloria, Rey de reyes y Señor de señores. ¡Aleluya! Nosotros estamos en una posición mejor que David, pero una mayor responsabilidad que él, como iglesia comprada con precio de sangre, la sangre de Jesucristo, el Cordero Santo. Sigamos leyendo el Salmo 51: 13-19:

¹³ Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos,
Y los pecadores se convertirán a ti.

¹⁴ Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación;
Cantará mi lengua tu justicia.

¹⁵ Señor, abre mis labios,
Y publicará mi boca tu alabanza.

¹⁶ Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría;
No quieres holocausto.

¹⁷ Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado;
Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

¹⁸ Haz bien con tu benevolencia a Sion;
Edifica los muros de Jerusalén.

¹⁹ Entonces te agradarán los sacrificios de justicia,
El holocausto u ofrenda del todo quemada;
Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar.

David sabía que no podía servirle al Señor si estaba en pecado; por eso le dice que sólo cuando fuera perdonado y limpiado, solo así podría enseñar a los transgresores el camino al perdón de Dios. David sabía que su alabanza sólo era acepta, agradable y sacrificio vivo para el Señor, cuando la hiciera con corazón limpio, porque los verdaderos sacrificios son el espíritu quebrantado, el corazón contrito y humillado.

Ferrer, G., Rodríguez, Y. (2018). "Entra en tu aposento y ponte a cuenta con el Señor". Iglesia Cristiana Berea (Personería Jurídica Especial 6026 del Ministerio del Interior. Nit 900403853-0). Barranquilla.

David entendió que solo podía tener comunión con el Padre, si llegaba arrepentido delante de su presencia, implorando perdón, limpieza y dirección. No rehusemos el llamado de Dios cuando nos dice: "Venid a mí y pongámonos a cuenta".

LA PREDICACIÓN ORAL DE ESTE MENSAJE SE ENCUENTRA EN: Berea Films Barranquilla <https://youtu.be/DLN1mgyiAMA>